TESTIMONIO O DEMAGOGIA

José C. Ayestarán, S. J.

Por doquiera se habla de testimonio. Se trata de un tema fundamentalmente religioso, pero también tiene su versión social y política. La juventud inconforme es particularmente sensible a este tema. Se habla de testimonio y antitestimonio, individual y comunitario. El testimonio apunta no tanto a una idea cuanto a un estilo de vida. Por eso sugiere algo radical.

Su significado es ambiguo. Fácilmente despierta sospechas aun dentro de la Iglesia. Se tiene la sensación de caminar en terreno inseguro. Evoca fácilmente la necesidad de afirmar tradiciones seguras contra toda postura novedosa.

El afán de testimonio puede deslizarse fácilmente hacia la demagogia. Demagogia y testimonio se refieren a dos realidades muy diferentes, pero presentan apariencias psicológicas muy semejantes. De hecho, no será siempre fácil distinguirlos. Para los instalados en la vida, el verdadero testimonio no dejará de tener mucho de romanticismo o demagogia interesada, que se entiende como algo hueco, insincero y adulador. Ciertamente, el verdadero testimonio resulta siempre chocante e inconforme ante muchas situaciones humanas concretas. Ninguna mentalidad, social y religiosamente instalada, quiere oír hablar de testimonio. Es muy peligroso, demagógico, revolucionario. El testimonio invita a cambio. Y esto resulta diametralmente opuesto a toda mentalidad instalada.

Es indudable que el tema invita a reflexión para distinguir el trigo de la cizaña y para tomar conciencia de la urgencia de una vida de testimonio cristiano en el mundo actual.

Teología del testimonio.

Para ver la naturaleza teológica del testimonio cristiano bastará con examinar algunos de sus aspectos.

En primer lugar, **su aspecto cristológico.** El testimonio cristiano debe fundarse en Cristo. Y Cristo dijo a sus discípulos: "...pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros y seréis mis **testigos** en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra" (Hech. 1, 8). Ser testigo de Cristo en el mundo es dar el testimonio cristiano. Pero para dar testimonio de Cristo es necesario ser su "discípulo". Ahora bien, ser discípulo de Cristo no sólo implica aceptar sus ideas, sino llevar una vida semejante a la de Él. Esta vida es posible solamente en "virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros". No es una vida meramente humana, proyectada y construida a partir del hombre, sino que es don gratuito de la gracia de Dios. Para que la virtud del Espíritu Santo se nos hiciera visible en el hombre, Dios tomó la naturaleza humana y alcanzó su expresión perfecta en Jesús de Nazareth. Por lo tanto, todo cristiano será testigo de Cristo en la medida en que realice en su persona la vida de Cristo. Lo cual no implica solamente una imitación extrínseca, una copia repetida sobre la imagen de Cristo a siglos de distancia, sino una verdadera **continuación** de la vida de Jesús mediante una participación ontológica y existencial de su vida histórica, pero transfigurada ya por el poder de la resurrección. Esta inserción en Cristo se traduce, en virtud de su dinamismo interno —y no sólo por imitación extrínseca o plagio— en un estilo de vida estructuralmente igual a la de Jesús: pobre, humilde, paciente, llena de amor, etc. Al auténtico cristiano no le es dado poner en duda estas características de la vida que, al ser asumidas por Jesús, tienen un valor absoluto de ejemplaridad para todos. Sin este fundamento cristológico no hay testimonio cristiano.

Pero el testimonio cristiano también tiene **un aspecto eclesiológico.** Jesús no envió a sus discípulos al mundo como individuos particulares que tuvieran una relación primariamente "privada" y directa con Él. Los discípulos de Cristo son tales, ante todo, por su comunión real con la Iglesia. La Iglesia es la continuación de la existencia histórica y resucitada de Cristo. Así como en Cristo se encarnó la Divinidad y se manifestó definitivamente como testigo del Padre, de la misma manera la Iglesia es la continua encarnación del Espíritu de Cristo en medio de los hombres. Supuesta esta base encarnatoria de la Iglesia, se puede afirmar que todo testimonio cristiano tiene que darse necesariamente en comunión con la Iglesia. No entramos aquí a estudiar la naturaleza y el ámbito de esta comunión con la Iglesia, ni tampoco vamos a discutir la existencia de un testimonio cristiano fuera de la comunión **visible** con la Iglesia. Es cierto en todo caso que el testimonio cristiano es necesariamente eclesial.

El testimonio cristiano es, además, **escatológico.** Es de la esencia del cristianismo trascender toda realidad humana, apuntar a la "vida eterna". Esta no es el último estado de plenitud alcanzado desde abajo por la humanidad; es algo que queda "más allá" de toda realización meramente humana. Con todo, no es algo que **comienza después** de que se haya acabado la existencia terrena, individual o colectiva. La "vida eterna" está ya presente en el misterio cristiano y forma parte de la existencia cristiana. La existencia cristiana trasciende la existencia meramente humana elevándola al misterio. Esta estructura escatológica de la existencia cristiana debe reflejarse existencialmente en la continuación participada de la Cruz de Cristo, que recibe su sentido definitivo en la Resurrección, que, a su vez, inaugura la "vida eterna".

Ahora bien, la cruz cristiana lleva consigo una radical ordenación —y hasta transformación— de todos los valores humanos. La **renuncia** de la cruz cristiana a valores intramundanos y la consiguiente nueva jerarquía de valores son un testimonio de la "vida eterna" ya presente entre los hombres en la fe y que se manifestará plenamente en la eternidad metahistórica y absoluta. El hombre tiende profundamente a cerrarse sobre sí mismo. Pero la renuncia cristiana, al tiempo que acepta los verdaderos valores humanos, le exige abrirse hacia lo trascendente y a descansar sólo en el misterio de Dios.

Finalmente, el **testimonio cristiano** tiene que tener su manifestación **social.** Tal vez sea esta manifestación el aspecto más llamativo del testimonio cristiano. Hemos visto que no se trata sola-

mente de copiar unas actitudes de la vida de Cristo, sino de vivir la nueva vida que Cristo nos dio y que la misma suya "continuamos su vida" histórica transformada por el poder de la resurrección.

El cristiano sabe que el mensaje fundamental del N. T. es el amor de Dios a los hombres, de los hombres a Dios y de los hombres entre sí. Sabe también que no se puede amar a Dios si no se ama a los hombres y ve este amor como el rasgo fundamental de la vida de Cristo.

Pero se constata con evidencia una brutal injusticia objetiva de unos "cristianos" para con sus hermanos, un desamor creciente en sus relaciones cada vez más numerosas en un mundo en transformación. No es extraño, por lo tanto, que en el mundo cristiano (y en el no cristiano) se levante un clamor cada día mayor contra este estado de cosas. Las diferencias entre los hombres de una misma sociedad no pueden ya borrarse con promesas, condolencias sentimentales ni demagogias.

Los tres aspectos del testimonio cristiano vienen a dar solución a esta situación límite. El aspecto cristológico nos hace conscientes de la nueva vida que llevamos desde el bautismo y nos hará buscar el contacto personal con Cristo, de quien la recibimos. El aspecto "eclesiológico" nos hará sentirnos una "comunidad" nueva que arraiga el sentimiento de hermandad real de todos los hombres y ver con nueva luz la misión que juntos hemos de realizar en el mundo. El aspecto escatológico centra en la vida el valor de la cruz, revolucionando el valor de las cosas terrenas, vence nuestro egoísmo y nos abre al hombre, en quien descubrimos el misterio de Dios.

La vida auténticamente cristiana reflejará este testimonio aun cuando no se tenga una conciencia exacta de todos estos aspectos. Habrá personas o grupos que subrayen en sus vidas más un aspecto que otro, pero el Pueblo de Dios deberá dar el testimonio completo. Es preciso que el buen samaritano se acerque a su hermano enfermo y necesitado con el testimonio de su vida: la justicia y la caridad cristianas.

Las sociedades tecno-política y marginada

El testimonio cristiano debe brillar en el mundo actual. Pero ¿en qué mundo nos encontramos? Para sugerir una respuesta basten algunas reflexiones. El campo de visión puede reducirse a nuestra sociedad. Aquí aparecen con evidencia dos sociedades: una tecnopolítica y otra marginada.

La sociedad tecnopolítica se basa, principalmente, en la técnica y en la política. La investigación científica ha despojado a la naturaleza de su aspecto sagrado y ha colocado al hombre frente a ella en actitud de dominación. La técnica significa el gigantesco esfuerzo del hombre moderno por dominar la naturaleza y someterla a sus necesidades e intereses. La política, por su parte, significa el esfuerzo humano por obtener una planificación racional del progreso, material y social, y llevar a cabo la realización de tales proyectos. Mediante la acción combinada de la técnica y la política, han surgido los fenómenos, típicamente modernos, del progreso y el urbanismo. Estos fenómenos llevan consigo no sólo un aumento cuantitativo de los bienes materiales o de masas humanas, sino además un cambio cualitativo que se traduce en una forma y estilo de vida nuevos. El hombre de la sociedad tecnopolítica se caracteriza por las oportunidades crecientes de disfrutar de todas las ventajas culturales, artísticas, recreativas, económicas y... aun religiosas. Esta sociedad, técnica y políticamente organizada, posee además el poder casi absoluto sobre la suerte de la sociedad marginada. En los diversos niveles de organización del poder se deciden el progreso o la miseria de la clase marginada. Hay que subrayar fuertemente la dependencia casi absoluta en la que viven hoy los marginados con respecto a la macroestructura técnica y política de la sociedad del poder. Los "compadres" de la sociedad marginada apenas pueden nada frente al poder de la sociedad técnica y políticamente organizada. Por otra parte, esta sociedad se mueve con frecuencia en un sistema cerrado sobre sí mismo y todo el progreso recae siguiendo la curva del egoísmo individualista, personal o de grupo.

Frente a esta sociedad cada vez más poderosa, se encuentra la marginada, que no entra a formar parte vitalmente del sistema tecnopolítico. Las condiciones infrahumanas de vida, la consiguiente falta de conciencia de superación, la ausencia de cultura, etc., no responden a la dignidad de la persona humana. Su mundo cultural, social, económico, moral, religioso, etc., está enormemente distante de la sociedad tecnopolítica. Lo chocante es que ambas sociedades convivan físicamente, aun cuando sociológicamente estén muy alejadas. ¡Pero es aún más chocante que los miembros de estas dos sociedades se llamen cristianos!

¿Dónde está la Iglesia?

La pregunta es inquietante, pero absolutamente necesaria. La respuesta es aún más comprometida, pero igualmente necesaria. Antes de seguir adelante conviene precisar que la pregunta no sólo implica dónde trabaja o para quiénes trabaja la Iglesia, sino también dónde vive, dónde está instalada, sociológicamente hablando.

Conviene además tener presente que la Iglesia, para cumplir con fidelidad su misión de testigo de Cristo, debe ser una Iglesia encarnada, socialmente comprometida. Cristo Dios, testimonio del Padre ante los hombres, haciéndose hombre y tomando un estilo de vida que fuera en sí mismo revelación y testimonio auténtico. Jesús tomó posición con su vida ante el mundo social, económico, político, cultural, etc., de su tiempo. Ahora bien, la Iglesia, que es la continuación de la misión de Cristo, deberá reflejar en su vida la plenitud del testimonio cristiano. También la Iglesia deberá estar presente a las circunstancias históricas actuales del mundo. El modo de esta presencia constituye uno de los problemas más agudos que el Concilio Vaticano II ha analizado y expuesto en la Constitución Pastoral de la Iglesia en el mundo actual.

¿Dónde está la Iglesia en el mundo actual? Si nos dejamos guiar por una visión sociológica en relación a la estructura doble: tecnopolítica y marginada de la sociedad descrita más arriba, deberemos responder claramente que la Iglesia: la culta, la guía, la de los votos religiosos, la del sacerdocio, la de la enseñanza católica, la de los movimientos de apostolado, en fin, la Iglesia que cuenta, vive principalmente en la estructura de la sociedad tecnopolítica. La otra sociedad, la de los marginados, es la sociedad a la que la Iglesia, simplemente la Iglesia, tiene que emigrar, ir a vivir con muchas renuncias, visitarla... porque la Iglesia en la sociedad marginada carecería de cultura, relaciones sociales, medios económicos, etc. La Iglesia, sin embargo, conserva un rescoldo en ciertos sectores marginados.

Con esto no se quiere afirmar que la Iglesia deba abandonar totalmente la sociedad tecnopolítica y trasladarse a la de los marginados. Siguiendo las directrices del Vaticano II, la Iglesia debe hacerse presente en todo tipo de sociedad, en cualquier estructura. La Iglesia es consciente del poder cada día más grande que tiene la sociedad tecnopolítica para resolver sus propios problemas y los de la sociedad marginada. Por eso busca la forma más cristiana de estar activamente presente en ella. Sería totalmente injusto afirmar que la Iglesia que vive en la sociedad tecnopolítica no tiene una sana intención de dar el testimonio cristiano. Lo que sucede es que esta intención, esta conciencia de su misión, tiene que ser nuevamente iluminada y orientada hacia situaciones nuevas que piden ser tomadas seriamente en consideración. La Iglesia de la sociedad tecnopolítica no puede proceder más con criterio político, sino con el solo criterio del mensaje evangélico, sin querer ejercer ningún poder temporal, inspirando la conciencia personal y colectiva. Naturalmente, esto le exige que no con-

sienta en ser una figura decorativa que aparece sólo en los momentos protocolarios, sin qué le sea permitido acceso a las decisiones verdaderamente vitales, especialmente para los marginados. En esta sociedad tecnopolítica son particularmente los seglares, que no llevan ningún distintivo oficial de la Iglesia, los que pueden y deben hacer presente el testimonio cristiano. Conviene no olvidar que hoy ya no es admisible el divorcio entre la vida privada y pública, como si el cristianismo fuera un asunto meramente privado y su actuación pública estuviera exenta del deber de dar el testimonio cristiano. Con esto no se quiere afirmar que los seglares católicos, en sus actuaciones públicas, deban tender a la formación de una nueva "cristiandad". Al contrario, es evidente que al cristiano de hoy le toca vivir su fe en un mundo cada día más secularizado, donde se debe reconocer la autonomía cristiana del orden temporal. En la sociedad tecnopolítica la eficiencia del testimonio cristiano está íntimamente vinculada a la eficiencia del poder técnico y político, a condición de que este poder y las personas que lo ejerzan estén totalmente volcados al bien material y espiritual de todos, pero especialmente de los marginados.

Pero a la Iglesia le urge todavía más estar presente, encarnada, en la sociedad marginada. Para que su mensaje de salvación y amor sea captado y aceptado por esta sociedad es absolutamente necesario que la Iglesia viva físicamente entre los marginados. Aquí debe haber también pastores y fieles de la sociedad tecnopolítica. Esta presencia no llevará de inmediato todas las soluciones técnicas, pero su testimonio de caridad dado por la condición de vida de marginado será poderoso —misterioso— elemento catalizador de las energías espirituales. Aquí se hará patente la verdadera eficacia del testimonio cristiano.

¿Es fiel la Iglesia a su misión?

Por Iglesia se entiende, naturalmente, todo el Pueblo de Dios: Jerarquía, sacerdotes, religiosos y seglares. Esta Iglesia integral es la que debe dar testimonio de Cristo en el mundo. La misión de testigo es esencial a toda la Iglesia y nunca puede faltar en ella. Por poco que se haya comprendido el misterio de la Iglesia, se puede afirmar con certeza que la Iglesia ha sido, es y será indefectiblemente fiel a Cristo y a su misión. Pero, por otra parte, hay que afirmar con la misma certeza que la Iglesia es también la Iglesia de los pecadores y pecadora ella misma, lo cual implica una cierta infidelidad relativamente grave a su misión. Para conciliar estas dos afirmaciones, en cierta manera contradictorias, pero teológicamente verdaderas, hay que introducir el concepto bíblico del "Resto", aplicado antaño al pueblo judío y ahora a la Iglesia. **Dentro** del pueblo judío antes, y ahora **dentro** de la Iglesia, se da sólo un "resto" fiel a Cristo. La nota bíblicamente característica de este "resto" es su condición de "Pobres de Yahvé", cuya plenitud se ha cumplido en el "Siervo de Yahvé", Cristo, pero que en los miembros de su Iglesia se realiza en la medida en que éstos realizan en sus vidas la condición existencial de los "Pobres de Yahvé". En una fenomenología eclesial no parece posible señalar la ubicación física y sociológica de este "resto" dentro de la Iglesia. Pero tal vez se pueda afirmar que no tiene por qué coincidir exactamente con ningún grupo específico (Jerarquía, clero, religiosos, seglares) con exclusión de otros. El "resto" de los Pobres de Yahvé estaría formado por los cristianos de todas las categorías o grupos mencionados, sin que ello signifique que todos y cada uno pertenezcan a este "resto". En otras palabras, no todos los miembros de la Jerarquía, ni todo el clero, ni todos los religiosos, ni todos los seglares, pertenecen al "resto" fiel a Cristo.

Si, por otra parte, se recuerda la injusticia tan brutal que reina en el mundo y en nuestra propia sociedad, tecnopolítica y marginada, que se dice cristiana, habrá que concluir que el "resto" de los fieles al testimonio de Cristo no podrá identificarse con los millones de católicos con que cuenta numéricamente la Iglesia. Si además se tiene en cuenta que la sociedad tecnopolítica es más responsable de esta situación injusta y que la Iglesia (fieles y pastores) se halla más instalada en esta sociedad, se podrá concluir que también a la Iglesia le cabe su parte de responsabilidad. Lo menos que se puede decir es que su testimonio cristiano es deficiente.

¿El testimonio cristiano es demagogia?

Si tomamos el testimonio cristiano tal como ha sido analizado aquí, creemos que no. Pero sí es una gran audacia, la mayor audacia.

La vida de la Iglesia no se agota en la predicación del Evangelio, en la administración de los sacramentos y en la exposición de principios teóricos y prácticos de moral. Tampoco basta con normas canónicas o leyes eclesiásticas. La Pastoral de la Iglesia, que presupone todo este magisterio doctrinal y legislativo, tiene algo que le es más específicamente propio: proponer directrices que tienen por objeto intimar a las conciencias, con cierto carácter de obligatoriedad, decisiones u opciones personales que no pueden ser logradas a golpe de cánones o con la mera exposición de principios de moralidad, aun aplicados a circunstancias concretas. Estos principios, teóricos o prácticos, jamás pueden ser negados si no queremos caer en una ética de situación. Pero estos principios, aun aplicados a circunstancias muy concretas, dejan libertad —al menos en muchos casos— para diversas opciones igualmente lícitas y honestas desde el punto de vista de ética natural. Pero la ética natural no es, por sí sola, cristiana! No basta con no obrar moralmente mal para vivir cristianamente. Para lograr que los cristianos tomen las únicas decisiones plenamente cristianas, dentro de las posibles decisiones sean conocidas como obligatorias. Pues bien, corresponde a la misión pastoral de la Iglesia el proponer estas decisiones concretas que son la única respuesta cristiana. Pero la Iglesia no puede cumplir con esta misión solamente a partir del conocimiento que tiene de la Revelación o de su doctrina moral aplicada, sino que es necesario que viva de su vida carismática; es decir, que sea fiel a las inspiraciones concretas y nuevas del Espíritu Santo. Toda inspiración carismática va precisa y directamente a promover este tipo de decisiones. Solamente la vida carismática de la Iglesia asegura la perfecta fidelidad a su misión. Estos carismas se dan a los Pastores para sí y para sus fieles; pero también entre éstos y los Pastores deben saber reconocerlos y apoyarlos.

Creemos que las decisiones u opciones que se necesitan hoy más que nunca en la Iglesia para dar en su plenitud el testimonio cristiano en una sociedad tecnopolítica y marginada, deben ser tomadas "en virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros" (Hech. 1, 8). La acción de esta virtud no consistirá precisamente en algo insólito que le ahorre a la Iglesia el esfuerzo de un estudio científico de las circunstancias históricas del mundo actual, sino más bien en la audacia, en la generosidad, en las renuncias, etc., que con decretos o de otra manera no se pueden lograr. Estas posturas audaces, problemáticas a los ojos humanos, se están repitiendo cada vez con mayor frecuencia aun entre los seglares. La juventud está especialmente ansiosa de tales audacias. Habría que analizar seriamente si muchas actitudes de la juventud cristiana moderna, aun con sus "imprudencias" y errores, no nacen de este fondo carismático de la Iglesia. Este testimonio, con sus inseparables "escándalos" —aun para muchos cristianos de todas las categorías de la Iglesia—, podrán ser tildados de demagogia, pero en realidad son algo típicamente cristiano. Donde hay tal escándalo hay cristianismo, no demagogia.